

DOSSIER SOBRE LA CRISIS GLOBAL

24 de abril de 2009

Nº 12

1. La Solución Interna, por Leslie Lipschitz, Céline Rochon y Geneviève Verdier	1
2. Transformación de la economía mundial, por Jean Pisani-Ferry e Indhira Santos	5
3. Crisis económica y coordinación internacional	10
4. La crisis financiera global, por Pablo Guerra	12
5. El Banco Mundial actualiza las proyecciones para la economía mundial	16
6. La recuperación depende del “G-2”, por Robert B. Zoellick y Justin Yifu Lin	18
7. Drástica desaceleración del crecimiento en los países en desarrollo en 2009	20
8. What Good Are Economists Anyway, por Peter Coy	22

1. LA SOLUCIÓN INTERNA, POR LESLIE LIPSCHITZ, CÉLINE ROCHON Y GENEVIÈVE VERDIER

Para los economistas y especialistas en ciencias políticas —así como para los turistas que buscan la aventura— China es un país intrigante. Es inmenso y enormemente poblado, y tiene una historia y una cultura milenarias. Se ha integrado plenamente en la economía mundial en los últimos años, y el extraordinario crecimiento de su producto y sus exportaciones ha tenido un importante impacto mundial. Además, es un país suficientemente grande para que sus políticas influyan en el resto del mundo. El crecimiento de China se mantiene relativamente sólido incluso en la actual crisis económica mundial, pero la fuerte caída del empleo incita a reconsiderar profundamente las opciones de política económica.

En un reciente estudio del FMI (Lipschitz, Rochon y Verdier, 2008) se utiliza un modelo formal de crecimiento para responder a algunas preguntas generales sobre el proceso de crecimiento en los países en desarrollo, y a preguntas específicas sobre las fuerzas impulsoras en el caso de China.

- ¿En qué difiere de la norma el proceso de equiparación de China? ¿Contribuye la abundante mano de obra, en gran medida subempleada, a mejorar o a empeorar sus resultados económicos?
- ¿Puede atribuirse la extraordinaria competitividad de la industria china a las características estructurales subyacentes o —por lo menos en los últimos años— a una política cambiaria mercantilista de empobrecer al vecino?
- ¿Por qué, a pesar de que la tasa de ahorro interna se mantiene muy alta, China aún recibe cuantiosos flujos de inversión extranjera directa (IED)?

Un modelo transitorio de crecimiento

El producto (y por lo tanto el ingreso) de un país se crea combinando el capital y la mano de obra para producir bienes y servicios. Pero mucho depende del entorno institucional y tecnológico en el que se combinan estos factores de producción. Para muchos países, la transición de una economía dirigida a otra de mercado ha cambiado este entorno y ha propiciado un aumento considerable de la productividad de la mano de obra y el capital. Este aumento ha elevado los rendimientos del capital y ha fomentado la inversión, lo que ha incrementado aún más la productividad de la mano de obra y los salarios sostenibles. Por lo tanto, se ha generado un proceso endógeno impulsado por instituciones más eficaces, tecnología más avanzada, rendimientos más elevados, una mayor inversión, más empleo e ingresos más altos. Obviamente, la reforma y apertura de la economía china desde 1978 ha representado un paso adelante en este sentido. Sin embargo, este proceso es transitorio: en algún momento el entorno institucional y tecnológico será equiparable al de las economías avanzadas y se acabará la era de los logros fáciles en materia de crecimiento; a partir de ahí, se registrarán tasas de crecimiento más similares a las de las economías avanzadas.

Cabe considerar otra parte importante de este proceso de equiparación: los trabajadores abandonarán la economía agraria (a medida que mejore la productividad y aumente la movilidad en ese sector) y se integrarán en la economía de alto crecimiento (por lo general, en el sector manufacturero). Colocar a este “ejército de reserva” de trabajadores en empleos de alta productividad es una parte esencial de este proceso de equiparación, especialmente en los países muy poblados con amplios sectores agrícolas de baja productividad.

En el caso de China, los datos básicos son poco comunes (véase el recuadro). Las tasas de crecimiento y de inversión se han mantenido muy altas. Aunque una relación capital/trabajo inicial baja suele asociarse con elevados rendimientos del capital y altas tasas de inversión, esta inversión podría financiarse de igual manera mediante préstamos externos o un elevado nivel de ahorro interno. No obstante, la tasa de ahorro interno se ha mantenido extraordinariamente alta, superando a la inversión interna en los últimos años.

¿Una estrategia mercantilista?

Los críticos de China sostienen que la tasa de ahorro interno muy elevada refleja un tipo de cambio subvaluado que ha frenado el consumo al sesgar la distribución del ingreso a favor de las empresas y no de los asalariados. La intervención de China en los mercados cambiarios ha influido indudablemente en el tipo de cambio nominal, pero no está claro si la extraordinaria competitividad de la industria china se ha mantenido gracias a esta política o a características estructurales más fundamentales de la economía.

Considérese el siguiente ejercicio mental. Si los salarios de la industria china se mantuvieran en equilibrio —es decir, si los salarios percibidos por los trabajadores fueran iguales al valor de sus productos marginales— y las autoridades implementaran una apreciación del 30% del renminbi, ¿se produciría un correspondiente aumento de los salarios reales (es decir, los salarios nominales deflactados por el precio de los productos en renminbi)? Si fuera así, en la medida en que no pudiera transferirse totalmente a los compradores, esto provocaría indudablemente una caída significativa del empleo y ejercería presión a la baja sobre los salarios reales, salvo si ocurriera algo inesperado que produjera simultáneamente un aumento de la productividad de la mano de obra.

Otra versión más sutil del argumento del tipo de cambio subvaluado parte de una situación de desequilibrio y, por lo tanto, se aparta del modelo formal. Imagínese que inicialmente los

trabajadores chinos reciben un salario inferior al valor de sus productos marginales, y que existe una tendencia natural a una apreciación real del renminbi —es decir, un aumento del costo unitario relativo de la mano de obra de China ajustado por el tipo de cambio— que se frena deliberadamente mediante una política de intervención para evitar una apreciación del tipo de cambio. En estas circunstancias, una apreciación aceleraría el movimiento hacia un nuevo equilibrio sostenible, y las dilaciones en materia de política cambiaria están desacelerando un proceso inevitable, tal vez con el objetivo de ganar una ventaja competitiva a corto plazo.

Gran parte del debate sobre China se ha centrado en esta cuestión de su política cambiaria en el marco de su estrategia de crecimiento. Por esta razón, hemos decidido presentar formalmente las cuestiones de manera más precisa y mostrar las fuerzas subyacentes que entran en juego.

Un modelo de crecimiento real para China

Hemos formulado un modelo de crecimiento neoclásico real convencional para captar algunas de las principales características de la economía de China y hemos calculado algunos parámetros que posiblemente reflejen la situación de dicho país.

- La economía china del modelo no puede influir en la tasa de interés externa a corto plazo a la que obtiene préstamos, pero puede influir en los precios de sus productos industriales en el mercado mundial.
- La producción exige dos tipos de capital: interno y externo. Este último puede adquirirse en los mercados mundiales a una tasa fija. El capital interno puede generarse únicamente mediante el ahorro interno.
- El modelo se centra en el sector industrial urbano. No obstante, el sector rural tiene un superávit sustancial de trabajadores dispuestos a trasladarse al sector urbano cuando el salario urbano supera al del sector rural. La velocidad de la migración depende del grado de movilidad de la mano de obra. Estas dos últimas características impulsan el modelo. Por ejemplo, si existe una acumulación de capital interno, se incrementarán los rendimientos de la mano de obra y el capital extranjero, lo que aumentará la migración, el empleo y la inversión extranjera. Como la disponibilidad de capital externo es ilimitada y la reserva de mano de obra rural es grande, el factor que escasea es el capital interno; este genera importantes rendimientos y altas tasas de ahorro.

Varios experimentos (shocks de productividad, demanda externa y tasas de interés) ilustran la mecánica del modelo. Como la mano de obra es móvil, el sustancial exceso de trabajadores del sector rural reduce la varianza de los salarios y del tipo de cambio real. Es más probable que la consecuencia de un crecimiento de la demanda externa sea un aumento del empleo, la inversión extranjera y las tasas de ahorro (en respuesta a un mayor rendimiento del capital interno escaso) que un aumento de los salarios y del tipo de cambio real. Por lo tanto, el modelo parece detectar las características esenciales de la evolución reciente de China: altas tasas de ahorro junto con un importante volumen de IED y salarios bajos muy competitivos. Además, estas características se desprenden de un modelo “real” (sin margen para influir en el tipo de cambio nominal). Sin embargo, el modelo es limitado: no explica la evolución de otros elementos, como la acumulación masiva de reservas externas, que podrían ser indicadores de desequilibrio.

El modelo también muestra el impacto de la actual turbulencia mundial en la economía china. Una consideración esencial en este caso es la caracterización numérica del mercado laboral

como muy elástico, lo que — junto con la dependencia de la economía de la producción industrial para la exportación— impone la mayor parte del ajuste a un shock de la demanda externa sobre el empleo industrial. Una caída de la demanda externa de bienes chinos ejerce presión a la baja sobre los términos de intercambio, obliga a las empresas chinas a reducir los precios, disminuye los beneficios y rebaja los salarios industriales. Y lo que es más importante: en una economía que ha experimentado un marcado movimiento tendencial de la mano de obra hacia el sector industrial en los últimos años, esta caída también reduce fuertemente el empleo en el sector manufacturero, lo que obliga a los trabajadores a volver a la economía agraria. El imperativo de política para el gobierno tal vez sea evitar esta desindustrialización de la mano de obra.

Dado que el modelo es neoclásico y no keynesiano, no se presta a un análisis de política a corto plazo.

Concretamente, una evaluación de la respuesta de política a una caída keynesiana de la demanda resulta en cierta medida especulativa.

No obstante, los resultados parecen indicar que ha llegado el momento de que las autoridades chinas estimulen la demanda interna y reduzcan la dependencia de la economía de la demanda externa. La aplicación de políticas orientadas a impulsar la demanda interna —como las de estímulo fiscal— tal vez sea la única forma de frenar las pérdidas de empleo en el sector manufacturero.

Conclusiones de política económica

El modelo muestra que un país con las particularidades de China puede mantener durante un período considerable una situación caracterizada por salarios muy bajos en la industria, altos rendimientos del capital interno y un rápido crecimiento impulsado por las exportaciones. Pero

China: Datos principales

- El crecimiento, el ahorro, la inversión y la inversión extranjera se mantienen en un nivel alto.
- El crecimiento fue en promedio del 9,6% en la década hasta 2007, pero se mantendrá en una tasa más baja en la crisis actual.
- La tasa de ahorro nacional se situó en el 54% en 2007, frente al promedio del 33% de una muestra de otras economías emergentes (aún muy por encima de la tasa de las economías avanzadas).
- El coeficiente de inversión en 2007 fue del 43%, frente al 29% en promedio en otras economías emergentes, y es muy inferior al de las economías avanzadas.
- La inversión extranjera directa neta se ha incrementado de menos de US\$3.000 millones en 1990 a más de US\$120.000 millones en 2007.
- Los salarios en el sector manufacturero son muy bajos en comparación con otros países, pero muy altos en relación con los de la economía rural.
- Según los datos correspondientes a 2002, los salarios en el sector manufacturero se mantenían al 3% de los niveles de Estados Unidos, en comparación con el 33% en otras economías asiáticas emergentes.
- En 2007, el ingreso per cápita de los hogares de las zonas rurales representaba un 30% del de las zonas urbanas.
- El gran ejército de trabajadores rurales impulsa la migración interna.
- Según las estimaciones, el sector agrícola cuenta con un superávit de 200 millones de trabajadores
- La migración interna está impulsada por un amplio superávit de trabajadores de la economía rural y por las notables diferencias salariales entre los trabajadores urbanos y rurales.

la situación puede volverse peligrosa si las características fundamentales cambian y las autoridades —ya sea por pura inercia o alentadas por los grupos de interés en el país— no se adaptan al nuevo escenario. Aferrarse a una estrategia de salarios bajos (con un tipo de cambio real inadecuado) ante un desequilibrio incipiente, como en el caso de presiones sobre los precios y salarios, resulta peligroso. Se corre el riesgo de que la inflación y las expectativas de inflación aumenten de forma que sea muy costoso invertir su tendencia, y que la economía se vuelva excesivamente vulnerable a la evolución adversa de la demanda externa.

En las circunstancias actuales en que la demanda externa se ha reducido considerablemente, la única forma de mantener el crecimiento y el empleo en China tal vez sea la aplicación de políticas para estimular la demanda interna. Además, un fuerte estímulo de la demanda en China sería una estrategia de “buen vecino”, ya que contribuiría a impulsar la demanda mundial y a resolver la actual crisis mundial.

Fuente: Leslie Lipschitz es Director del Instituto del FMI, Céline Rochon es profesora en la Escuela de Negocios Said de la Universidad de Oxford y Geneviève Verdier es economista del Instituto del FMI. Documento obtenido de la Revista N. 46 del FMI y disponible en el sitio Web: <http://www.imf.org/>

2. TRANSFORMACIÓN DE LA ECONOMÍA MUNDIAL, POR JEAN PISANI-FERRY E INDHIRA SANTOS

La turbulencia económica y financiera en la que está sumido el mundo es la primera crisis de la actual era globalizada. La vasta experiencia acumulada sobre crisis financieras en un país o una región en particular sirve para formular políticas correctivas. Pero la mayoría de la gente no recuerda haber vivido una crisis financiera a escala mundial, y la experiencia de los años treinta es alarmante porque en ese entonces los gobiernos no pudieron preservar la integración económica ni responder en forma coordinada.

Desde antes de esta crisis, la globalización ya tenía críticos. Pese al auge económico mundial, no todos estaban convencidos de las ventajas del libre comercio y del movimiento de capitales y mano de obra por todo el mundo. Los economistas, las empresas y algunos políticos eran partidarios del fenómeno, pero los detractores decían que la globalización resultaba más favorable para el capital y los ricos que para el trabajo y los pobres.

La crisis y las respuestas de los países ya han empezado a reordenar la economía mundial y a reequilibrar las fuerzas políticas y económicas de la globalización. Los motores de la reciente ola de globalización —mercados abiertos, cadena mundial de oferta, empresas integradas a escala mundial y propiedad privada— están perdiendo potencia, y ha resurgido el proteccionismo.

Y las empresas de gran movilidad mundial están retornando a sus raíces nacionales.

Veamos cómo incidió la globalización en el origen y la evolución de la crisis, cómo se está transformando la economía mundial y cuáles son las posibles respuestas en materia de política.

Más que fallas de regulación

Al comienzo muchos analistas no captaron el carácter real de la crisis. Casi todo el interés estaba centrado en la regulación del mercado y la supervisión de las instituciones financieras y no en las causas macroeconómicas básicas de la crisis. Hasta noviembre del año pasado, cuando el Grupo de los Veinte (G-20) principales países industriales y economías emergentes emitió un comunicado tras su reunión de emergencia en Washington, la mira estaba puesta en

las fallas de regulación y supervisión, y en posibles medidas correctivas de ese tenor, que llenaban la apretada agenda del G-20.

Esto se debió en parte a que la crisis que se esperaba no se materializó: no se produjo ni un desplome del dólar de EE.UU. ni una venta masiva de bonos del Tesoro de ese país. Pero los efectos de las fallas microeconómicas, pese a ser reales, habrían sido mucho más limitados de no haber mediado el insaciable apetito de activos AAA de Estados Unidos. La fuerte demanda internacional de esos activos, alimentada en gran medida por la acumulación de superávits en cuenta corriente en las economías emergentes y petroleras, y el entorno de incentivos económicos perversos y poca regulación crearon una mezcla explosiva.

No obstante, el enmarañado sistema mundial ayudó a ocultar cómo operaba, y por mucho tiempo nadie se percató cabalmente del vínculo entre los desequilibrios mundiales de pagos y la demanda de activos financieros seguros (o aparentemente seguros) y la producción de esos activos.¹ Además, un trasfondo político enturbió el debate internacional: desde que Ben Bernanke planteara la hipótesis del “exceso de ahorro mundial” en 2005, Estados Unidos ha insistido en que el principal problema macroeconómico mundial no era su déficit en cuenta corriente, sino más bien la fuerte propensión de China a ahorrar.

Un segundo error se remonta a los inicios de la crisis.

Hasta el tercer trimestre de 2008 se esperaba que las economías no afectadas directamente por la crisis de las hipotecas de alto riesgo capearan el temporal e impulsarían al resto de la economía.

Ciertos indicios apuntaban a este “desacoplamiento”. Según el FMI, mientras que los bancos de Estados Unidos y de Europa sufrieron respectivamente un 57% y un 39% de las pérdidas financieras por deuda titulizada de origen estadounidense, las instituciones asiáticas solo absorbieron un 4% de esas pérdidas.² Esto explica el agotamiento simultáneo de la liquidez en los mercados interbancarios de Europa y Estados Unidos a mediados de 2007, y concuerda con el hecho de que la integración financiera transatlántica era mucho más intensa que entre cualquier otro par de regiones.³ Por lo tanto, la paralización del sistema bancario con hipotecas de alto riesgo y la consiguiente escasez de crédito fueron sobre todo un fenómeno de Estados Unidos y Europa.

Pero ahora el crecimiento está disminuyendo drásticamente en todas las regiones. La esperanza de un “desacoplamiento” se esfumó el 15 de septiembre de 2008, con la quiebra de Lehman Brothers y sus repercusiones en los mercados de capital. Como lo demuestra vívidamente el “mapa térmico” del FMI sobre la crisis⁴, los mercados emergentes y en desarrollo fueron víctimas inmediatas del notable aumento de la aversión al riesgo y la consiguiente frenada abrupta de las entradas de capital. El shock fue especialmente duro para los países importadores de capital, sobre todo en Europa central y oriental, donde los desequilibrios preexistentes se agravaron y surgió la necesidad de recurrir al FMI. Pero

¹ Caballero, Ricardo, 2009, “A Global Perspective on the Great Financial Insurance Run: Causes, Consequences, and Solutions”, notas preparadas para cena de ex-alumnos de Economía de MIT, 20 de enero, Nueva York.

² Fondo Monetario Internacional, 2008, Global Financial Stability Report, octubre (Washington).

³ Cohen-Setton, Jérémie, y Jean Pisani-Ferry, 2008, “Asia-Europe: The Third Link”, Bruegel Working Paper 008/04 (Bruselas, Bélgica).

⁴ Blanchard, Olivier, 2008, “The World Financial and Economic Crisis”, Conferencias de Munich, CESifo Conference, noviembre, Munich, Alemania.

también fue severo para los países que habían acumulado reservas en divisas, como Corea. En ese caso la transmisión se produjo a través de los flujos netos de capital y no de la integración de los mercados de capital, representada por el monto bruto de activos y pasivos externos (algunos de estos países apenas tenían activos estadounidenses, o tenían sobre todo bonos del Tesoro, cuyo valor ha aumentado en meses recientes). Los flujos netos de capital privado a las economías emergentes se redujeron a finales de 2008, y se proyecta que serán de US\$165.000 millones en 2009, o un 82% menos que en 2007.⁵ Una vez más, la gran volatilidad de los flujos internacionales de capital ha sido un poderoso factor de contagio.

Por último, el comercio constituye sin duda un importante canal de transmisión en Asia oriental, cuyas exportaciones combinadas a América del Norte y Europa representan un descomunal 12% del PIB de la región. Esto basta para hacer del desacoplamiento un espejismo. El comercio no ha sido solo un vector de contagio, sino un acelerador. Según cifras de finales de 2008, el comercio mundial y la producción industrial sufrieron reducciones simultáneas de dos dígitos, con contracciones interanuales de las exportaciones de entre el 10% y el 20% en varios países asiáticos. Aún no se puede distinguir en qué grado incidieron la caída de la demanda y el ajuste de las existencias, y en qué medida influyó la paralización del crédito comercial, pero sí se sabe que la contracción del comercio internacional es tanto un canal de transmisión como un factor que aceleró la merma de la producción.

La crisis además ha demostrado que, pese a la integración regional y al surgimiento de nuevas potencias económicas, a la economía mundial le cuesta recuperarse. Después de todo, las pérdidas por hipotecas de mala calidad que desencadenaron el desapalancamiento masivo fueron de unos US\$100.000 millones, es decir, tan solo 0,7% del PIB de Estados Unidos y 0,2% del PIB mundial, o sea, cifras insignificantes. Cabe preguntarse ahora cómo incidirá la actual recesión mundial en la globalización, y qué pueden hacer las economías y los organismos internacionales al respecto.

Globalización: ¿Cambio de rumbo o fin del camino?

La crisis ya ha empezado a afectar los motores que impulsaron la rápida globalización en los últimos años. Para comenzar, ***la participación pública en el sector privado ha aumentado mucho en los últimos meses*** (véase el gráfico). De los 50 bancos más grandes de Estados Unidos y la Unión Europea, 23 y 15, respectivamente, han recibido inyecciones de capital estatal; es decir, los bancos que representaban respectivamente el 76% y el 40% de la capitalización del mercado antes de la crisis ahora dependen de los contribuyentes. Otros sectores, como el automotor y el de los seguros, también han recibido asistencia. Sea cual fuere la intención, este apoyo público sin duda va a afectar la conducta de las empresas que antes se movían por el mundo.

Segundo, ***la crisis es un reto para las empresas mundialmente integradas***. La integración económica de los últimos 25 años fue impulsada por empresas que buscaban reducir costos y contratar talentos. Pero estas empresas sufrieron los primeros efectos de la crisis con el colapso de los bancos transnacionales. Estas otrora poderosas instituciones de repente no sabían qué gobierno las ayudaría. Hubo casos en que los gobiernos cooperaron —como Bélgica y Francia con el banco Dexia—, pero otras veces las decisiones dependieron de intereses nacionales, como en el caso de Fortis, un prestamista y asegurador belga-holandés.

⁵ Instituto de Finanzas Internacionales (IFI), 2009, “Capital Flows to Emerging Market Economies” (Washington).

No solo quedó claro que los sistemas de supervisión y regulación eran inadecuados, sino también que los únicos capaces de rescatar a las instituciones financieras eran los gobiernos nacionales. Pero la ayuda pública implica el riesgo de que las empresas transnacionales se conviertan en defensoras de intereses nacionales. Ahora ningún ejecutivo de una empresa que haya recibido asistencia puede repetir lo que dijo Manfred Wennemer (ejecutivo a cargo de Continental, el fabricante alemán de neumáticos) para justificar los despidos en la planta de Hanover en 2005: “Mi obligación es para con mis 80.000 empleados en todo el mundo”.

En tercer lugar, las respuestas nacionales a la crisis pueden generar una fragmentación económica y financiera. Hay indicios de que los pedidos de los gobiernos para que los bancos sigan prestando a los clientes internos están provocando un racionamiento exagerado del crédito a los mercados extranjeros. Esto sucedió hace poco cuando el gobierno holandés le pidió a ING Bank que ampliara sus préstamos internos y redujera su balance general. Como las empresas en las economías emergentes y menos desarrolladas dependen mucho del crédito externo, esto las deja especialmente vulnerables al proteccionismo financiero. Además, la ayuda estatal —motivada por legítimas preocupaciones de empleo— suele favorecer, aunque sea implícitamente, a la economía local, y ese sesgo hacia el empleo y los productos nacionales se nota, por ejemplo, en el plan de ayuda al sector automotor francés, en la ley de estímulo fiscal estadounidense y hasta en lemas recientes usados por el Primer Ministro británico.

Un último hecho no menos destacado es que, pese al compromiso del G-20 de noviembre pasado de no elevar los aranceles, estos han subido desde el comienzo de la crisis en varios países, desde India y China hasta Argentina y Ecuador. Algo parecido sucedió el año pasado cuando los países restringieron las exportaciones para proteger a los consumidores internos del alza de los precios internacionales de los alimentos.

No se sabe si estos cambios son solo reacciones a corto plazo ante un shock importante, o si se trata de nuevas y preocupantes tendencias. Como mínimo, el equilibrio político-económico se ha alterado significativamente. Durante el auge económico, la globalización gozaba, en el mejor de los casos, de un respaldo leve, pero ahora el péndulo parece estar moviéndose en sentido contrario. Esto trae a colación dos lecciones de la historia. Una es que las protecciones son duraderas; tal ha sido el caso de las barreras comerciales erigidas en los períodos de entreguerras, que demoraron varios decenios en desaparecer. Y la otra es que, si bien gran parte de los avances recientes en la liberalización del comercio han sido institucionalizados y probablemente no se revertirán como en los años treinta, la espiral descendente del proteccionismo actúa con rapidez.

Juntos, estos riesgos plantean un desafío clave a la integración. Esto es cierto incluso a escala regional. En Europa, la divergencia económica va en aumento, mientras que en Asia oriental la cooperación ha sido limitada, por no decir muy débil, a pesar del violento shock que afecta a la región.

No cabe duda de que la crisis alterará la gestión de gobierno y el panorama económico mundial. La prueba de fuego sigue siendo el fomento de la cooperación internacional en un momento en que es fuerte la tentación de buscar soluciones internas. Las respuestas no están en el



nacionalismo sino más bien en un multilateralismo más profundo. ¿Pero qué deben hacer exactamente los actores mundiales y los gobiernos nacionales?

El plan de políticas

Los datos indican que la reforma del marco regulatorio y de supervisión es solo una parte de la solución. En abril, el G-20 tiene que abordar temas más amplios, como el comercio, la integración financiera y las políticas macroeconómicas. Además, la cooperación mundial en materia de políticas requiere un marco institucional adecuado, y por eso es probable que la reforma de las instituciones internacionales vuelva a la mesa de debate. Sugerimos por lo tanto un temario con cinco puntos: tres relacionados con el comercio mundial y la macroeconomía, y dos con tareas de las instituciones financieras internacionales.

Preservar la integración comercial. Hay que evitar a toda costa agravar la crisis y el contagio. El compromiso de noviembre del G-20 de “[abstenerse] de levantar nuevas barreras a la inversión o al comercio de bienes y servicios, de imponer nuevas restricciones a las exportaciones o implementar medidas incoherentes con la Organización Mundial del Comercio (OMC) para estimular las exportaciones” resulta claramente insuficiente. Deja muy abiertas varias rutas para el proteccionismo, como aumentos de los aranceles aplicados, subsidios, adquisiciones públicas sesgadas, préstamos obligatorios a clientes internos y presiones para que las empresas manufactureras y de servicios preserven empleos en el país. El G-20 más bien debe acordar un código de conducta que defina qué medidas de rescate y apoyo son aceptables durante las crisis (que afecten el comercio ya sea directa o indirectamente) y cuáles no lo son, y encargar la supervisión a la OMC y la OCDE, con disposiciones similares a escala regional.

Diseñar programas de estímulo nacional y de ayuda que favorezcan la globalización. Los gobiernos deben evaluar los planes que el G-20 formuló en noviembre para fomentar la recuperación mundial con programas de estímulo, y analizar la magnitud y suficiencia de los esfuerzos anunciados hasta ahora. La cooperación internacional en este ámbito es de por sí delicada, ya que, como señaló sin rodeos un ministro irlandés, “para Irlanda, el mejor tipo de estímulo fiscal es el que recibimos de nuestros socios comerciales. A la larga, ellos reactivarán la demanda de nuestras exportaciones sin que nos cueste nada” (Willie O’Dea, Ministro de Defensa, Irish Independent, 4 de enero de 2009). Los programas hasta ahora varían mucho en tamaño y contenido y, aun si no son distorsionantes, muchos favorecen la oferta en industrias de alto contenido local, como la infraestructura. Esto es perfectamente legal y hasta cierto punto inevitable, porque los gobiernos responden a los intereses de los contribuyentes, que quieren que su dinero rinda beneficios. Pero no resulta eficiente, porque el sector de bienes transables (junto con la construcción) es uno de los más afectados por la crisis. Provisionalmente, el G-20 debería acordar un conjunto de principios sobre el contenido de los programas de estímulo y ayuda, e incluir en el código de conducta los aspectos que podrían ser más distorsionantes.

Evitar políticas cambiarias que generen inestabilidad externa. En una recesión profunda surge inevitablemente la tentación de exportar desempleo con políticas cambiarias que empobrecen al vecino. Por suerte este fenómeno aún no se ha presentado a gran escala, pero el G-20 debería reafirmar la necesidad de evitar tales medidas y pedir al FMI que vigile en tiempo real los tipos de cambio y comunique de inmediato las infracciones. Este principio se acordó en 2007, y es especialmente pertinente en el contexto actual.

Generar confianza en el seguro multilateral más que en el autoseguro. Resulta imperativo evitar el efecto recesivo de una merma de los flujos de capital a las economías emergentes y en desarrollo sumada a una fuerte acumulación de divisas. Este peligro es muy real, y la mayoría de las economías emergentes han sufrido las funestas consecuencias de una frenada brusca de las entradas o una fuga de capital, sobre todo en Europa central y oriental, región que hasta hace poco había recuperado terreno gracias al capital extranjero. Además, la lección que muchos extraen de la crisis es que para autoasegurarse contra estos eventos se necesitan aún más reservas. Esto crearía una “paradoja de ahorro” internacional, o sea, la acumulación generalizada de superávits en cuenta corriente en el peor momento, incluso en Asia, donde las reservas ya son cuantiosas. Y además de agravar la crisis al alimentar la demanda de activos financieros de Estados Unidos, la acumulación de reservas es una forma individualmente costosa y colectivamente ineficiente de protegerse contra crisis derivadas de la falta de confianza en el seguro multilateral de las instituciones financieras internacionales, en especial el FMI. Hay que restablecer la confianza en el sistema. El nivel de recursos necesario y la combinación óptima de seguros multilaterales y regionales son temas válidos de debate. El modelo, que no tiene que ser igual para todas las regiones, debería permitir ahorros sustanciales de capital.

Armonizar la representatividad en las instituciones financieras internacionales con las realidades actuales. La reforma reciente de las cuotas y la representación en el FMI obviamente no bastó para crear o recrear el necesario sentido de pertenencia de las regiones emergentes y en desarrollo. El G-20 ha pedido a los ministros que propusieran reformas de las instituciones financieras internacionales, incluida una ampliación de la voz y la representación de las economías emergentes y en desarrollo. Este cambio indispensable —que en la práctica supone una menor representación de Europa y la eliminación del veto de Estados Unidos— se facilitará si se expande el contexto del debate sobre la redistribución del poder (como se sugirió anteriormente).

El G-20 tiene ante sí una tarea enorme, pero es el foro idóneo para llevarla a cabo. Es cierto que la declaración de noviembre de 2008 se refería en general a los países y regiones con los mercados financieros más sofisticados. En cambio, para garantizar que a corto plazo la crisis no desemboque en una fragmentación económica, y que el comercio internacional y las finanzas no se conviertan en potentes factores de contracción económica, se necesita un foro más amplio, como el G-20. Si los gobiernos de este último logran interactuar con las instituciones internacionales y aprovechar su capacidad analítica, la crisis podría convertirse en una oportunidad para establecer un marco más sólido y legítimo para encauzar la globalización.

Fuente: Jean Pisani-Ferry es Director del Instituto de Estudios Bruegel, en el que Indhira Santos es investigadora. Documento obtenido de la Revista N. 46 del FMI y disponible en el sitio Web: <http://www.imf.org>

3. CRISIS ECONÓMICA Y COORDINACIÓN INTERNACIONAL

La inédita crisis económica que enfrenta el mundo ha generado cuestionamientos y respuestas globales de profundo alcance. El célebre editorialista del New York Times, Thomas Friedman, ha planteado la problemática desde una perspectiva innovadora: “Salgámonos hoy de los límites normales del análisis de nuestra crisis económica y hagámonos una pregunta radical:

¿qué sucedería si la crisis de 2008 representa algo mucho más fundamental que una profunda recesión?

¿Qué pasaría si nos está diciendo que todo el modelo de crecimiento que hemos creado en los últimos cincuenta años es simplemente insostenible económicamente y ecológicamente y que 2008 fue el año en el que topamos con una pared, cuando tanto el mercado como la Madre Naturaleza dijeron: "Basta"?"

Los desafíos que presenta la actual crisis han tenido como consecuencia positiva el inicio de un amplio debate y coordinación internacional para aportar respuestas concretas y eficaces en el largo plazo a lo sucedido. Una de ellas es la confirmación de que el desarrollo debe tomar un rumbo diferente. El mismo Friedman señala, en una nota optimista, que “Ya se está utilizando esta desaceleración económica para reformar y reorientar economías Alemania, Inglaterra, China y los Estados Unidos han usado leyes de estímulo financiero para realizar enormes inversiones en energía limpia.” Los países andinos deben también convertir esta crisis en una oportunidad; la integración les brinda una plataforma idónea para ello.

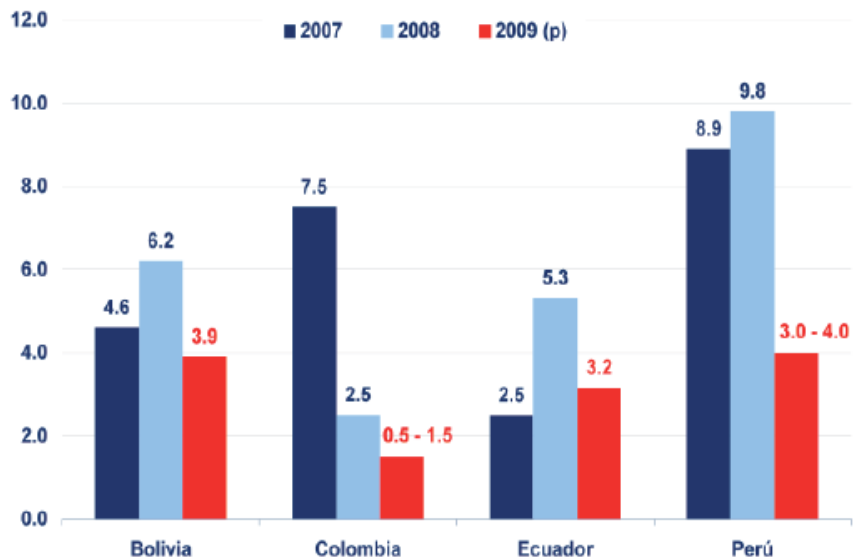
La magnitud de la crisis actual, tanto por su profundidad como por lo global de su ámbito, ha hecho que las potencias mundiales y las economías emergentes reconozcan que, para salir de esta difícil situación, no basta la aplicación de políticas económicas aisladas, sino que es necesaria la cooperación y la coordinación internacional, más aún ahora que las economías se han transformado en co-dependientes.

De esta forma, ha sido necesario que los gobernantes y ministros de economía conversen, con mayor frecuencia que antes, respecto a las políticas económicas que adoptarán, ya que éstas sin duda afectarán a sus vecinos, sean estos cercanos o estén ubicados al otro lado del planeta.

En este contexto, los Ministros de Hacienda y Economía de los países de la Comunidad Andina, quienes no se habían reunido desde el año 2005, llevaron a cabo dos reuniones en menos de 4 meses (24 de noviembre de 2008 y 2 de febrero de 2009), a petición de los mismos mandatarios en la Cumbre de octubre del año pasado.

En dichas reuniones, los ministros analizaron los impactos económicos de la crisis financiera internacional en los países andinos y la posibilidad de emprender acciones concertadas que busquen contrarrestar sus efectos, y dispusieron que el Grupo Técnico Permanente realice, con el apoyo de expertos, evaluaciones detalladas con diferentes escenarios y plantee alternativas de

Crecimiento Real de las Economías Andinas: 2007 – 2009



(p) Proyectado

Fuente: Bancos Centrales de los países andinos y Latin Focus.

financiamiento ante una restricción de liquidez internacional. Asimismo, encomendó efectuar un seguimiento permanente de los efectos de la crisis internacional, en particular sobre los sectores más vulnerables de las economías andinas.

Las secuelas de la crisis se han comenzado a manifestar en las economías de la subregión.

Los países de la CAN están recibiendo menores flujos de remesas, menor demanda de exportaciones, menor inversión extranjera directa, aumento del desempleo, lo cual ha impactado en las previsiones del crecimiento de la economía para el año 2009. Se prevé que, en el presente año, el ritmo de crecimiento se desaceleraría a tasas cercanas a la mitad de lo observado en 2008, luego de haber experimentado un dinamismo de relevancia durante 2007 y 2008.

Fuente: Informe Semanal de la Comunidad Andina de Naciones N. 5. Artículo disponible en el sitio Web: http://www.comunidadandina.org/estadisticas/Informe_Semanal_5.pdf

4. LA CRISIS FINANCIERA GLOBAL, POR PABLO GUERRA

Desconcierto, euforia, frustración, expectativa. El militante por “otra economía” parece oscilar en su visión sobre la actual crisis financiera. Es un militante acostumbrado a predicar por un concepto de economía más humano y por lo tanto crítico a ese modelo hegemónico que se niega a asumir la dimensión moral de las prácticas económicas. Sin embargo la crisis le pone ante una encrucijada: ¿debe estar feliz pues ese modelo parece caer inevitablemente o más bien consternado por las consecuencias sociales que aparece? Las preguntas se multiplican, ¿no será demasiado alto el precio a pagar por el pasaje de un modelo basado en el egoísmo a otro basado en la solidaridad? ¿en todo caso qué, quién o quiénes nos garantizarán que habrá un nuevo modelo? ¿no vendrá más de lo mismo y al final en resumidas cuentas, debemos empezar de nuevo y con una mayor contabilidad de parados y pobres?

El militante de la economía solidaria vuelve sobre sí y recuerda cuántas veces estuvo presente en diferentes seminarios y mesas redondas donde la caída del sistema era profetizada por parte de sociólogos y economistas. La crisis se viene, es inevitable y está en nosotros aprovecharla para cambiar el rumbo del planeta en materia económica. Mientras recuerda este tipo de pasajes tan esperanzadores, una sonrisa tranquilizadora le inunda el rostro. Segundos después, sin embargo, algo cambia. Razona: ¿acaso no decían lo mismo cuando Argentina sufrió la peor crisis social de su historia en 2001 y parecían caer todas las instituciones económicas? ¿acaso los clubes de trueque, las asambleas populares y las empresas recuperadas no asomaban como los factores desencadenantes de la utopía soñada? ¿acaso algunos intelectuales no auguraban un estrepitoso fracaso del salvataje que el FMI preparaba en Argentina o el Tesoro de los EUA preparaba en Uruguay en las mismas circunstancias? Muchas preguntas para nuestro bien intencionado militante. Y pocas respuestas, como ya se ha mal acostumbrado desde que se decidió a formar parte de un movimiento inspirado en valores tan nobles como poco frecuentados por el establishment.

Aún así, no se resigna. Casi de seguro algún notable académico podrá devolverle el sueño perdido por tantos dilemas que le surgen a la hora de analizar estas materias. Se decide entrar en internet y buscar respuestas o al menos pistas para entender lo que sucede. A las dos horas de navegar por el cyber espacio, de entrar “crisis financiera” y otros términos en google u otro popular buscador, el desconcierto es mayor; ¿porqué un pope de la alter globalización pronosticaba a comienzos del 2008 la caída inevitable de la moneda norteamericana y el comienzo de una nueva era? ¡obviamente la moneda norteamericana –que venía cayendo en

todo el mundo, recuerda aumenta su valor en medio de la crisis bursátil!; ¿porqué numerosos analistas internacionales señalaban en 2008 que “la presión sobre los precios de los alimentos perdurará varios años”? ¡quien quiera que viva en países productores de alimentos sabe que el precio de éstos cayeron notablemente desde mediados del año pasado!, ¿porqué un destacado ministro de economía del gobierno de izquierda en Uruguay insistía en 2005 con un tratado de libre comercio con los EUA? ¡hoy en día los países más afectados son los que dependen de las alicaídas demandas norteamericanas! Ya agotado, con los ojos hinchados por leer en la pantalla del ordenador sin sacar nada en limpio, nuestro querido militante decide tomar un descanso. Entre almohadas, se jura no abandonar esta lucha hasta encontrar los argumentos que le permitan interpretar correctamente los hechos. Ahora duerme feliz: una vez más, como cualquier militante que se precie, no caerá ante el primer obstáculo que se le presente sino que dará dura lucha hasta lograr sus objetivos.

Lo primero es lo primero: ¿cuándo y porqué se desata la crisis financiera?

Vayamos en auxilio de nuestro militante. Nuestra primera misión será poder explicar de la manera más sencilla posible dónde y cómo se generó la crisis financiera.

Digamos en primer término que la actual crisis financiera comienza a gestarse en los Estados Unidos de América en Agosto de 2007. ¿Qué sucedió exactamente en ese momento y lugar? Comienza a estallar la llamada burbuja especulativa de los negocios inmobiliarios. Eso sucede con la morosidad generalizada de las hipotecas de mala calidad (subprime). Como se sabe, toda “burbuja” se basa en el montaje de un sistema especulativo que necesita de flujos constantes de inversiones líquidas y que terminan distanciando los valores reales de los bienes (en este caso inmobiliarios), de los valores asignados por el mercado. Para el caso concreto que desata la crisis, es clave entender algunos aspectos: a) viene precedida por el estallido de la burbuja de internet (2001). En ese entonces la FED orienta a los inversores hacia el sector inmobiliario mediante una política de bajos intereses que justamente se rompería años más tarde; b) como en toda burbuja, los que ingresan primero suelen ser agentes fiables. Sin embargo luego comienza a funcionar una maquinaria “consumista” que invita a todos a consumir el crédito hipotecario. Entran de esta manera agentes menos fiables cuya demanda inmobiliaria conduce a un aumento de los precios. En el vocabulario surgido en este contexto, se denomina NINJA a estos préstamos: No income, No job o arset⁶; c) a diferencia de otras burbujas, ésta esconde un as en la manga: los productos financieros derivados, o titulizaciones, esto es, hacer de los créditos obligaciones negociables en el mercado. Este aspecto es clave para internacionalizar la crisis pues varios fondos internacionales los adquieren. Estas titulizaciones, además, dan lugar a nuevos títulos negociables (CDO) reacomodando las carteras según riesgo. Los llamados “residuos tóxicos” (carteras de más dudosa cobrabilidad) son evidentemente los que generan mayor rendimiento, muy apetecidos por especuladores que buscan ganancias inmediatas.

El sistema ya está aceitado: los agentes inmobiliarios, ganando cada vez mayor dinero por el aumento de los precios; las familias acudiendo al mercado de créditos seducidas por bajos intereses los primeros meses y por un boom consumista que no les deja razonar debidamente; los bancos ofreciendo créditos sin mayor riesgo ya que luego se deshacen de ellos por medio de las líneas de obligaciones; los fondos de inversión seducidos por la alta rentabilidad.

⁶ Esto es, personas “sin ingresos, sin trabajo y sin activos”.

Pero el aceite no dura demasiado. Las primeras familias comienzan a tener dificultades para pagar sus hipotecas cuando las tasas de interés aumentan, el contagio es evidente, las casas rematadas ya no tienen compradores por la falta de liquidez, los fondos comienzan a tambalear... y la burbuja se pincha. Habida cuenta de los complejos e interdependientes mecanismos tejidos por la globalización económica (que es fundamentalmente financiera), comienza una especie de contagio que va afectando primero a buena parte del sistema financiero (los casos de Bear Sterns, Merrill Lynch, Lehman Brothers y Citigroup! son elocuentes) y luego a la economía real (los aumentos en las tasas de interés, restricciones al crédito, falta de liquidez, etc., afectan a las empresas y trabajadores). De esta manera lo que comienza como un estallido de una burbuja financiera, termina convirtiéndose en recesión económica y probablemente en una nueva Gran Depresión.

¿Crisis financiera o crisis sistémica?

La pregunta es de fundamental importancia. Desde la perspectiva de una economía solidaria el primer hecho que sorprende es el énfasis que los analistas y los medios de comunicación ponen en la crisis financiera y la desatención que han recibido otras dos crisis tanto o más fundamentales para el análisis: la crisis energética y la crisis alimentaria.

La primera de ellas es fundamentalmente estructural (¿hasta cuándo será sostenible un modelo económico que busca permanentemente el crecimiento en base a un recurso energético que se agota y que genera importantes externalidades ecológicas?) aunque también ha sido fuente de especulación (¿de qué otra manera explicar el precio del barril cercano a los 150 dólares cuando 10 años atrás costaba 10 dólares?). La crisis energética pone a la humanidad en la disyuntiva de repensar su modelo de desarrollo. Es por lo tanto, expresión de una crisis civilizatoria antes que de una crisis económica.

Respecto a la crisis alimentaria, surgen importantes valoraciones desde el punto de vista de nuestro paradigma: si el modelo económico no garantiza el derecho a la vida y a una mínima alimentación a su población, entonces ese modelo ya no sirve. Nótese que desde este punto de vista es mucho más grave una crisis alimentaria que una crisis financiera. Ambas tienen muchos puntos en común, ya que uno de los aspectos visibles en la crisis alimentaria, es también el ingrediente de especulación por parte de importantes agentes económicos que ven en los alimentos una mercancía más que intentarán vender al mayor precio posible aunque eso deje a la población sin los mínimos necesarios para su reproducción. Que quede claro: la crisis alimentaria vivida en 2007 no se explica por la falta de alimentos (como ocurría habitualmente en otros momentos de la historia) sino por el manejo mercantilista de la oferta. También tiene puntos en común con la crisis energética: una parte de los alimentos ahora tiene como destino la producción de biocarburantes⁷.

Podemos hablar por lo tanto de una crisis sistémica con ciertos indicadores claves: escasez de recursos naturales; cambio climático; abismal diferencia en el consumo energético entre países ricos (15% de los habitantes) y los países pobres (85% de los habitantes); abismal y creciente diferencia entre los ingresos de los países más ricos y los países más pobres; abismal y creciente diferencia entre el volumen de transacciones financieras y el PIB mundial; fracaso de los objetivos contra la lucha de la pobreza de las Naciones Unidas; etc.

⁷ Cfr. Maier, Wolfgang: "Hambre, petróleo y política: causas del incremento en los precios de los alimentos", en *Diálogo Político*, V. 4, 2008, Bs.As., FKA. Según este autor entre el 30% (Oxfam) y 75% (Banco Mundial) del incremento de los precios se debió a los biocombustibles.

El tema de fondo: el papel del mercado en la economía

La crisis financiera, la crisis energética y la crisis alimentaria, o lo que es lo mismo, la crisis sistémica, nos invitan a reflexionar sobre el rol del mercado en la economía, aspecto central en lo que refiere a las causas profundas.

En efecto, durante buena parte del Siglo XIX y todo el Siglo XX hubo una división muy clara entre partidarios del liberalismo económico (basado en la ley de oferta y demanda como principio mercantil) y partidarios de la regulación (tanto social como estatal, aunque básicamente la segunda con la irrupción de las economías del socialismo real). La caída del Muro del Berlín fue momento propicio para que los partidarios del laissez faire recuperaran terreno y se autoproclamaran vencedores. La historia –según ellos- había finalizado, ya no hay margen para utopías. Hay un solo vencedor y se llama economía pura de mercado. Evidentemente todos estos exabruptos fueron generados en el norte, y con un absoluto desconocimiento de lo que ocurría por ejemplo en América Latina, región castigada por la pobreza e inequidad en circunstancias en que el socialismo no podía esgrimirse como culpable. Es en ese contexto en que surge el (mal) llamado Consenso de Washington que casi sin excepción fuera aplicado por todos nuestros gobiernos latinoamericanos en la primera mitad de los noventa. En todo el mundo, los supuestos vencedores optando por el mercado de intercambios (la mano invisible) como único mecanismo de coordinación pretenden insistir en las bondades de la competencia (en términos económicos) y del individualismo (en términos culturales) como los valores más beneficiosos para la prosperidad general. El peligro era notorio: si lo que prima es la competencia y el individualismo, no tardarían en llegar conductas, experiencias, empresas y empresarios que sin escrúpulos persiguieran a toda costa y costo la maximización de las utilidades y beneficios. Por entonces, Paul Krugman, uno de los economistas más leídos en la actualidad para dar cuenta de la crisis, escribía sobre “la peligrosa obsesión de la competitividad”⁸.

Lo que sucede hoy en día es que asistimos probablemente a la mayor expresión del caos generado desde la Gran Transformación a la que hacía referencia Karl Polanyi, quien comenzaba su obra magna señalando a manera de justificación para su investigación que “la Civilización del Siglo XIX ha colapsado”. La principal modificación que trae aparejada la desimbricación de la economía, es haber absolutizado el motivo de la ganancia económica. Lo que no se imaginaba Polanyi, es que estas conductas tendrían su máxima expresión sobre principios del Siglo XXI.

Especular sobre la base de bienes fundamentales para la vida humana como los alimentos o las viviendas es propio de una mentalidad mercantilista solo comprensible si se aplica la racionalidad del homo economicus defendida por las visiones individualistas y liberales de la economía. Es olvidar que ciertos bienes deberían ser garantizados en el marco de los derechos humanos más fundamentales así como de las normas de convivencia social y moral que se debe una sociedad y no ser dejados al arbitrio de una mano invisible que en realidad es la mano “derecha” de grandes intereses económicos.

Concluyendo

Teniendo en cuenta que la crisis financiera es solo parte de una crisis mayor de un modelo económico que permite (y a veces estimula) conductas despreciables y enormemente perjudiciales para la sostenibilidad social y ecológica de la población y de todo el planeta, las

⁸ Cfr. Krugman, P.: “Competitiveness: A dangerous Obsessions”, Foreign Affairs, Vol 73, 1994, p. 28-44.

soluciones vendrán no solo por el lado de las decisiones técnicas, sino más aún por el lado de **un cambio que sitúe al comportamiento económico en el contexto de una ética del desarrollo humano**, tal como el movimiento de la economía solidaria y del comercio justo viene no solo reivindicando sino fundamentalmente mostrando desde sus prácticas concretas.

Esta sentencia no significa que debamos prescindir de decisiones técnicas. Por el contrario, nuestra experiencia en la microeconomía solidaria nos ha mostrado que las reglas claras y coherentes con los propósitos socioeconómicos que se persiguen son de fundamental importancia. Nuestra hipótesis de trabajo en ese sentido es que en el contexto de una cultura predominantemente individualista, el correcto desarrollo de un emprendimiento solidario necesita de reglas de funcionamiento que promuevan el comportamiento solidario y obstaculicen el comportamiento egoísta. En un sentido macroeconómico, reglas que obstaculicen determinados tipos de comportamientos o políticas inadecuadas en el marco de un nuevo modelo de desarrollo serán bienvenidas. Un ejemplo: hace muy pocos meses el pueblo ecuatoriano se dio una nueva Constitución que establece categóricamente que “se prohíbe la estatización de las deudas privadas” (Art. 290, N.7). En el mismo sentido serán necesarios cambios en el sistema monetario internacional (desaparición de algunas estructuras financieras, creación de una nueva moneda global, etc.), en los acuerdos comerciales (la idea original de Keynes de una Organización Internacional del Comercio como han propuesto numerosos académicos de ATTAC) y en las regulaciones de los negocios financieros (la experiencia de las finanzas y bancos éticos debería inspirar un mayor compromiso por parte de las políticas públicas).

Es probable que aún no estén dadas ciertas condiciones en la madurez de los movimientos sociales, de los gobiernos o de las ideas alternativas como para guiar los cambios urgentes (el caso del Banco del Sur es paradigmático en ese sentido). Aún así lo más probable es que el nuevo escenario económico internacional por venir será diferente al que acaba de estallar.

Fuente: Pablo Guerra es Doctor en Ciencias Humanas. Profesor en Economía Solidaria. Animador de diversas experiencias y redes de economía solidaria y comercio justo en Uruguay y América Latina. Artículo disponible en el sitio Web: <http://www.economiasolidaria.org/>

5. EL BANCO MUNDIAL ACTUALIZA LAS PROYECCIONES PARA LA ECONOMÍA MUNDIAL

Los países de ingreso alto del mundo se encuentran simultáneamente en recesión, con una fuerte caída de su producción en el último trimestre de 2008. De 16 países en desarrollo que cuentan con datos trimestrales disponibles, 15 exhibieron una reducción de su PIB en el cuarto trimestre.

Al reunirse esta semana los jefes de gobierno en Londres con motivo de la cumbre del Grupo de los 20 (G-20), el Banco Mundial redujo marcadamente la proyecciones de noviembre de 2008 del 4,4% de crecimiento del PIB al 2,1% en los países en desarrollo para 2009, destacando que

podría haber una débil recuperación en 2010. Sin embargo, el ritmo y el

- Para 2009, se espera la primera disminución de la producción mundial desde la Segunda Guerra Mundial.
- Se prevé una fuerte contracción del crecimiento del PIB para este año en los países en desarrollo.
- Es posible una débil recuperación en 2010, aunque su momento y su ritmo resultan muy inciertos.

momento de esta recuperación tienen un alto grado de incertidumbre.

El crecimiento del PIB mundial, luego de expandirse fuertemente por ocho años, se reducirá en un 1,7% este año, según predicciones del Banco Mundial. Esta es una contracción histórica, ya que la producción mundial disminuirá por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial.

“Aún si el crecimiento mundial se vuelve positivo nuevamente en 2010, todavía no habremos salido del problema”, dijo Hans Timmer, director de Tendencias mundiales del Grupo de análisis de las perspectivas de desarrollo del Banco Mundial. “Creemos que el nivel del PIB permanecerá muy por debajo del potencial, y de esta manera las dificultades económicas serán graves en los próximos dos años”.

Sintiendo el pulso de la economía mundial

Timmer explicó que la economía mundial atraviesa “una tormenta perfecta”, en la que la recesión mundial, la contracción crediticia y la pérdida de confianza trabajan aunadas en una dinámica muy negativa.

El colapso de la banca de inversión el año pasado y la consiguiente contracción crediticia fueron seguidos por una fuerte declinación de la producción industrial en todo el mundo, especialmente en las economías especializadas en bienes de capital, como Taiwán, China y Japón.

La crisis vino precedida por ocho años de crecimiento económico extraordinario en los países en desarrollo, apoyado por un crecimiento de dos dígitos en las inversiones. Pero las inversiones se ven afectadas con más fuerza ahora, debido a las duras condiciones financieras actuales.

La reducción en la producción industrial provocó una caída inmediata en el precio de los productos básicos: más de un 50% de caída en el precio del petróleo y más del 40% en el precio de productos básicos no petroleros.

El Banco Mundial espera ahora una contracción del 6,1% para 2009 en el volumen del comercio mundial de bienes y servicios. El valor del comercio mundial se derrumbará mucho más debido a la caída de los precios de los productos básicos.

Son malas noticias para los ingresos de los gobiernos. Los países de ingresos más bajos son los que más dependen del comercio para asegurar sus ingresos fiscales. Por ejemplo, en Lesoto, Suazilandia y Cote d'Ivoire, entre 40% y 50% de los ingresos fiscales provienen del comercio.

“El impacto inmediato de la crisis financiera recayó en el sector privado, pero antes de que termine el año, veremos probablemente a muchos países toparse con problemas fiscales”, advirtió Timmer. “Esto se debe a que los gobiernos comienzan a ver una disminución en sus ingresos, mientras que deben aumentar sus gastos y ascienden los costos de los préstamos”.

Es probable que el crecimiento del PIB mundial aumente al 2,3% en 2010, pero importantes riesgos podrían desbaratar esta perspectiva. Por ejemplo, si las crisis de balanza de pagos no se previenen, habrá contracciones mucho más fuertes en 2009 que posiblemente continúen en 2010.

La perspectiva para las regiones en desarrollo

La región de Europa y Asia central fue la más afectada por los últimos acontecimientos. Se prevé que el PIB en la región caerá el 2% en 2009, comparado con el crecimiento del 4,2% en 2008.

Es probable que en América Latina y el Caribe el PIB se contraiga en 2009, si bien los resultados pueden variar por país. En toda la región, se proyecta que el PIB caerá el 0,6% luego de haber aumentado el 4,3% en 2008.

Existe la posibilidad de que la región de Asia oriental y el Pacífico sea la más afectada por la disminución de la inversión y el comercio mundiales. La producción industrial y el gasto en capital ya se redujeron de manera considerable por ese motivo. Se cree que el crecimiento del PIB descenderá al 5,3% en 2009, con una reducción del crecimiento en China al 6,5% y la entrada en recesión de varias economías más pequeñas de la región, incluida Tailandia.

Las perspectivas de crecimiento de Asia meridional se redujeron al 3,7% para 2009, con respecto al 5,6% en 2008. Si bien los términos de intercambio se modificaron a favor de la región por la reducción de los precios del petróleo, se siente claramente una menor demanda de exportaciones.

El crecimiento de Oriente Medio y Norte de África parece el menos afectado de las regiones en desarrollo: ahora se pronostica en 3,3% para 2009. La reducción de los ingresos petroleros y los recortes en la producción petrolera limitarán el PIB entre los exportadores de petróleo del 4,5% de 2008 al 2,9%.

En África al sur del Sahara, se espera que el crecimiento del PIB en 2009 se reduzca a 2,4% - menos de la mitad del 4,9% de 2008. El drástico cambio en los precios de los productos básicos tendrá efectos marcados en todos los países de la región.

Estado de emergencia para el desarrollo

El análisis del Banco Mundial muestra que los pobres de todo el mundo sienten el impacto de la crisis, muchos de los cuales ya fueron afectados fuertemente por las crisis de alimentos y combustibles. El ritmo de reducción de la pobreza se desaceleró y se estima que unas 65 millones de personas permanecerán debajo de la línea de pobreza de US\$2 por día en 2009 como resultado de la crisis.

“En todos los países en desarrollo, vemos que las condiciones de recesión están afectando a los más pobres volviéndolos aún más vulnerables que antes a las perturbaciones repentinas, pero también reduciendo sus oportunidades y frustrando sus esperanzas. Esto podría revertir años de progreso y es una verdadera situación de emergencia para el desarrollo”, declaró Justin Yifu Lin, primer economista y primer vicepresidente del Banco Mundial, Economía del Desarrollo.

El próximo Informe sobre seguimiento mundial 2009, que publican anualmente el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, cuyo lanzamiento está previsto para fines de abril, evaluará el impacto de la crisis sobre los objetivos de desarrollo del milenio fijados para el año 2015.

Fuente: Noticia del Centro de Prensa del Banco Mundial, disponible en el sitio Web: <http://web.worldbank.org>

6. LA RECUPERACIÓN DEPENDE DEL “G-2”, POR ROBERT B. ZOELICK Y JUSTIN YIFU LIN

El crecimiento económico de China caerá fuertemente en 2009. Estados Unidos atraviesa una grave recesión. Para que la economía mundial pueda recuperarse, estas dos potencias económicas deben cooperar y convertirse en la fuerza impulsora del Grupo de los Veinte. Sin un G-2 vigoroso, el G-20 decepcionará.

Debemos enfrentar las realidades. La causa fundamental de los desequilibrios de pagos generalizados a nivel mundial es de carácter estructural: un consumo excesivo en Estados Unidos y un exceso de ahorro en China. En Estados Unidos, la burbuja bursátil e inmobiliaria alimentó el auge del consumo. A ello se sumó una fuerte caída de la tasa de ahorro en el país. En China, el excedente de ahorro se debe a distorsiones estructurales en los sectores financiero, empresarial y de recursos.

Las tasas de ahorro de China, que alcanzan hasta el 50% de su producto interno bruto, son muy superiores a las de otros países. Pero esto no se debe exclusivamente a que los trabajadores ahorran dinero. De hecho, el ahorro de los hogares chinos equivale a alrededor del 20% del PIB, semejante a la tasa de India. Un porcentaje inusualmente alto del ahorro proviene de grandes compañías del sector empresarial de China. Las empresas pequeñas y medianas, que emplean al 80% de los trabajadores, tienen acceso mínimo a servicios financieros porque ese sector está dominado por cuatro grandes bancos que prestan servicios principalmente a empresas de gran tamaño. La falta de acceso a servicios financieros que padecen las empresas de menor tamaño retrasa su crecimiento, frena el empleo y ejerce presiones a la baja en los salarios. En efecto, la asimetría de la estructura financiera china significa que los ciudadanos corrientes y las pequeñas y medianas empresas han estado subsidiando a las grandes corporaciones y a los nuevos ricos con los bajos salarios y tasas de interés.

La revaluación de la moneda china, es decir, un cambio en los precios relativos, no es la herramienta principal para encarar estos problemas estructurales y los desequilibrios que han provocado. En realidad, la diplomacia económica entre Estados Unidos y China debería centrarse en otros dos ámbitos.

En primer lugar, los dos países deberían unir fuerzas para evitar una recesión mundial prolongada. Ambos países han anunciado sendos conjuntos de medidas de estímulo económico. Estados Unidos vuelve a apoyarse en promover el consumo y China vuelve a encauzar fondos hacia inversiones. Si bien ésta es una respuesta natural para enfrentar los problemas inmediatos, con el tiempo Estados Unidos debe impulsar el ahorro y la inversión mientras que China aumenta el consumo, y no sólo su capacidad. China está preparando un segundo paquete de estímulo económico que debería centrarse en generar poder adquisitivo para los consumidores pobres, y en crear infraestructura de servicios en los sectores de servicios e infraestructura física para reducir los obstáculos al crecimiento (lo que a su vez contribuiría a aumentar la productividad). China también podría subsanar el daño ambiental que provocan los precios inferiores a los reales que se fijan para los recursos. Por su parte, Estados Unidos debería seguir con las políticas de reestructuración monetaria, crediticia y de los activos para reactivar el sistema financiero y permitir así que las medidas de estímulo puedan surtir efecto. Ambos países deben resistirse al proteccionismo y prestar asistencia a los grupos vulnerables de los países pobres.

En segundo lugar, el diálogo estratégico en materia económica entre China y Estados Unidos debería centrarse en la manera de reducir los desequilibrios estructurales entre el consumo y el ahorro en ambas economías. Para poder alcanzar la meta de las autoridades de construir una "sociedad armoniosa", China debe mejorar la distribución del ingreso. La próxima fase de las reformas chinas debería promover las protecciones sociales, los sueldos y la eficiencia de los sectores de servicios, así como las empresas y la fijación de precios de los recursos "verdes" – todo lo cual puede contribuir a aumentar el consumo y las importaciones. En particular, China debería promover el sector bancario a nivel local para atender mejor a las empresas pequeñas y

medianas, entre otras cosas, por intermedio de servicios de microfinanciamiento. Debería abrir los oligopolios, como los del sector de telecomunicaciones, a la competencia. Una mayor liberalización del comercio y el aumento de las inversiones en servicios incrementarían la competitividad y productividad de los mercados chinos y reducirían las tensiones en las relaciones comerciales. Sin un aumento de las importaciones, China corre el riesgo de que el ajuste se produzca exclusivamente a través de una drástica y difícil contracción de las exportaciones.

Estados Unidos, a su vez, debe restablecer el equilibrio entre el ahorro y el consumo. No puede permitirse volver a aquellos días en que las tarjetas de crédito se utilizaban al máximo para financiar un consumo desenfrenado. Debe recuperar el control de los crecientes déficit presupuestarios, que son impulsados en gran medida por el gasto en prestaciones obligatorias. Para seguir siendo la primera economía mundial, Estados Unidos debe igualmente invertir en educación, investigación y desarrollo, y tecnología, y mantenerse abierto a las inversiones, las mercaderías, las ideas y las personas con talento.

Estos ajustes contribuirían en medida apreciable a reducir el riesgo de conmociones económicas mundiales. Existen importantes incentivos recíprocos: Estados Unidos es el principal destino de las exportaciones chinas, y China es el mayor inversionista extranjero en títulos de deuda pública de Estados Unidos. La interdependencia económica es clara.

Los desequilibrios de la economía china y la economía estadounidense sólo se pueden atacar de manera gradual. Pero deben abordarse. Una recuperación fundada en estimular el consumo en los Estados Unidos y en suministrar dinero fácil financiado con ahorros externos significaría repetir los errores, lo que tendría peligrosas consecuencias para los mercados mundiales y la política internacional. Incluso a medida que Estados Unidos y China señalan el camino para encontrar una solución a los problemas inmediatos, también tienen que dar forma a la economía mundial del mañana.

Fuente: Robert B. Zoellick es presidente y Justin Yifu Lin es primer economista y primer vicepresidente de Economía del Desarrollo del Grupo del Banco Mundial. Artículo publicado originalmente en el periódico Washington Post el 6 de abril de 2009 y disponible en el sitio Web: <http://web.worldbank.org>

7. DRÁSTICA DESACELERACIÓN DEL CRECIMIENTO EN LOS PAÍSES EN DESARROLLO EN 2009

El crecimiento del PIB en los países en desarrollo se desacelerará del 5,8% de 2008 a una tasa proyectada del 2,1% en 2009, según las estimaciones del Banco Mundial dadas a conocer hoy. El Banco redujo a más de la mitad su proyección de noviembre de 2008 de un crecimiento del 4,4% en los países en desarrollo para 2009, como reflejo del acelerado deterioro de las condiciones financieras y económicas mundiales.

De acuerdo con la nueva actualización de las Perspectivas económicas mundiales, también se prevé que el crecimiento se contraiga el 1,7% este año. Se trataría de la primera caída de la producción mundial desde la Segunda Guerra Mundial. Se proyecta que el PIB caerá el 3% en los países de la OCDE y el 2% en otras economías de ingreso alto.

La proyección de referencia del Banco Mundial prevé que la fuerza del crecimiento será débilmente positiva en 2010, debido a que la actividad económica seguirá siendo afectada en forma negativa por la consolidación del sector financiero, la pérdida de riqueza y las repercusiones de la crisis financiera. Sin embargo, el ritmo y el momento de la recuperación tienen un alto grado de incertidumbre.

Justin Yifu Lin, primer economista y primer vicepresidente del Banco Mundial, Economía del Desarrollo, declaró: “En todos los países en desarrollo, vemos que las condiciones de recesión están afectando a los más pobres volviéndolos aún más vulnerables que antes a las perturbaciones repentinas, pero también reduciendo sus oportunidades y frustrando sus esperanzas. Esto podría revertir años de progreso y es una verdadera situación de emergencia para el desarrollo”.

En la actualización, el Banco subrayó que, si bien es probable que el crecimiento se recupere —aunque con lentitud—, la actividad económica permanecerá deprimida, y el desempleo y los ajustes sectoriales significativos persistirán durante los próximos dos años.

Según explicó Hans Timmer, director de Tendencias mundiales del Grupo de análisis de las perspectivas de desarrollo del Banco Mundial: “Aun si el crecimiento mundial se vuelve positivo en 2010, los niveles de producción permanecerán deprimidos, aumentarán las presiones fiscales, y el desempleo seguirá creciendo virtualmente en todo el mundo hasta bien avanzado 2011”.

Se espera una caída histórica del comercio mundial de bienes y servicios del 6,1% en 2009. Se proyecta que el precio del petróleo estará más del 50% por debajo del nivel de 2008, en US\$47/bbl durante 2009. Se prevé también que los precios de los productos básicos no petroleros permanezcan bajos, alrededor del 30% por debajo de los de 2008. Se proyecta que los saldos fiscales se deterioren drásticamente en los países en desarrollo, como consecuencia del debilitamiento de los ingresos tributarios, el aumento del costo de endeudamiento y el incremento de las transferencias destinadas a mantener las redes de protección social. Este fenómeno podría ser especialmente preocupante en Europa y Asia central en desarrollo, región que presenta una grave contracción en el comercio y la producción, un sector privado altamente vulnerable y redes de protección social con amplia cobertura.

Es probable que la necesidad de financiamiento externo de los países en desarrollo aumente a US\$1,3 billones en 2009, incluidos los déficits actuales en cuenta corriente y los reembolsos de capital de los vencimientos futuros de la deuda privada. Con la disminución de los flujos de capitales, esto generaría una brecha de financiamiento de entre US\$270.000 millones y US\$700.000 millones. Las mayores brechas de financiamiento se encuentran en Europa y Asia central, América Latina y África al sur del Sahara.

Se prevé que el crecimiento del PIB mundial será moderado en 2010, el 2,3%. Sin embargo, si se desatara una crisis de balanza de pagos en una región en desarrollo, sería difícil de contener y obstaculizaría la recuperación mundial. Otro riesgo es que la recuperación de los mercados de crédito sea más lenta a causa de los problemas del sector financiero, lo que prolongaría el período de ajuste de la capacidad en el sector real y extendería la iniciación de la fase descendente de la actividad económica mundial.

Proyecciones del crecimiento regional

La región de Europa y Asia central fue la más afectada por los últimos acontecimientos. Se espera que su PIB caiga el 2% en 2009, comparado con el crecimiento del 4,2% en 2008. La corrección a la baja en el crecimiento de la región con respecto a la proyección de noviembre del Banco es de 4,8 puntos porcentuales, la mayor revisión entre las regiones en desarrollo.

Es probable que en América Latina y el Caribe el PIB se contraiga en 2009, aunque los resultados pueden variar por país. En toda la región, se proyecta que el PIB caerá el 0,6% luego de haber aumentado el 4,3% en 2008.

Existe la posibilidad de que la región de Asia oriental y el Pacífico sea la más afectada por la disminución de la inversión y el comercio mundiales. La producción industrial y el gasto en capital ya se redujeron drásticamente por ese motivo. Se espera que el crecimiento del PIB se modere al 5,3% en 2009, con una reducción en el crecimiento en China al 6,5% y la entrada en recesión de varias economías más pequeñas de la región, incluida Tailandia.

Las perspectivas de crecimiento para Asia meridional se corrigieron a la baja al 3,7%, mientras que las proyecciones anteriores para 2009 indicaban el 5,4% (el crecimiento de 2008 fue del 5,6%). Si bien los términos de intercambio se modificaron a favor de esta región por la reducción de los precios del petróleo, la debilitada demanda de exportaciones se hace sentir con severidad.

El crecimiento en Oriente Medio y Norte de África parece el menos afectado entre las regiones en desarrollo: cayó al 3,3%, solo 0,3 puntos con respecto a las proyecciones anteriores. La reducción de los ingresos petroleros y los recortes en la producción petrolera limitarán el PIB entre los exportadores de petróleo del 4,5% de 2008 al 2,9%.

En África al sur del Sahara, se espera que el crecimiento del PIB en 2009 se reduzca a 2,4% — menos de la mitad del 4,9% de 2008— una caída de 1,8 puntos por debajo de las proyecciones. El drástico cambio en los precios de los productos básicos tendrá efectos marcados en todos los países de la región.

Fuente: Noticia del Centro de Prensa del Banco Mundial, disponible en el sitio Web:

<http://web.worldbank.org>

8. WHAT GOOD ARE ECONOMISTS ANYWAY, POR PETER COY

Why they failed to predict the global economic crisis—and why their help is still crucial to a recovery

Economists mostly failed to predict the worst economic crisis since the 1930s. Now they can't agree how to solve it. People are starting to wonder: What good are economists anyway? A commenter on a housing blog wrote recently that economists did a worse job of forecasting the housing market than either his father, who has no formal education, or his mother, who got up to second grade. "If you are an economist and did not see this coming, you should seriously reconsider the value of your education and maybe do something with a tangible value to society, like picking vegetables," he wrote on patrick.net.

Take that, you pointy-headed failures! Go jump off a supply curve!

To be fair, economists can't be expected to predict the future with any kind of exactitude. The world is simply too complicated for that. But collectively, they should be able to warn of dangers ahead. And when disaster strikes, they ought to know what to do. Indeed, people pay attention to economists at times like this precisely because of their bold claim that they know how to prevent the economy from sliding into a repeat of the Great Depression. But seven decades after the Depression, economists still haven't reached consensus on its lessons. The debate has only intensified in recent weeks.

To fight the downturn, Federal Reserve Chairman Ben Bernanke, Treasury Secretary Timothy F. Geithner, and National Economic Council Director Lawrence Summers are attempting an unprecedented combination of massive fiscal stimulus and extreme monetary policy. If it produces a sustained recovery—and there are some early signs of hope—they will look like

heroes. For now, though, it's disturbing that they've had to resort to policy measures that in scale and scope are way outside what the economics profession had studied or even contemplated in recent years.

The rap on economists, only somewhat exaggerated, is that they are overconfident, unrealistic, and political. They claim a precision that neither their raw material nor their skill warrants. Too many assume that people behave like the mythical homo economicus, who is hyperrational and omniscient. And they take sides in quarrels that freeze the progress of research. Those few who defy the conventional wisdom are ignored.

Critics are scathing. Nassim Nicholas Taleb, the scholar of rare events who wrote *Fooled by Randomness* and *The Black Swan*, says: "We have to build a society that doesn't depend on forecasts by idiotic economists." Says Paul Wilmott, a quantitative finance expert: "Economists' models are just awful. They completely forget how important the human element is."

In the face of such withering criticism, it's tempting to ignore the whole profession. But that won't do. For one thing, getting out of this mess and making sure it doesn't happen again will require the very best thinking of a generation. Macroeconomists—that is, those who specialize in business cycles and growth—have made important contributions. For example, research in the 1970s helped many countries eliminate chronic high inflation by highlighting the importance of having a strong, independent central bank.

Even now, progress is being made. Scholars of all stripes are belatedly getting up to speed in modern finance. Because they are trained to think of financial markets as efficient, most economists weren't primed to spot the dangers posed by lax mortgage lending, overleveraged financial institutions, and impenetrably complex derivatives. "The time is absolutely right for new ideas to come in, much as they did in the 1930s and the 1970s," says Roger E.A. Farmer of the University of California at Los Angeles.

Besides, even if you're suspicious of economists' value, they are impossible to ignore. Here's why: Every idea you can think of for coping with this crisis is based on some supposition about the way the world works. Whether you realize it or not, all of those suppositions come out of one school of economics or another. As the British economist John Maynard Keynes wrote: "Practical men, who believe themselves to be quite exempt from any intellectual influence, are usually the slaves of some defunct economist."

So we had all better hope that the profession can get its act together. It won't be easy, because this crisis is rubbing salt in old wounds. It is reopening debates about one of the most contentious questions in macro, namely, the ability of government deficit spending (i.e., fiscal policy) to stimulate demand and get people back to work.

In January the fight over fiscal policy broke out in public after then-President-elect Barack Obama made what probably seemed to him a safe claim, saying: "There is no disagreement that we need action by our government, a recovery plan that will help to jump-start the economy." Not long after, some 250 conservative economists, in an open letter published in major newspapers, wrote: "With all due respect Mr. President, that is not true." Middlebury College economist David C. Colander, who himself is suspicious of the stimulus package, says: "The debate is reasonable. What's unreasonable is that we're undertaking it at this time" rather than decades ago.

Economists' worst sin is hubris. In the 1960s, free-market economist Milton Friedman persuaded virtually the entire profession that the Great Depression was caused by the Federal

Reserve. That seemed to imply that better policy by the Fed, guided by economists, would prevent a recurrence. Bernanke, then a governor of the Federal Reserve, said as much in a 2002 speech for Friedman's 90th birthday that acknowledged the Fed's role in the Depression. He told Friedman: "You're right, we did it. We're very sorry. But thanks to you, we won't do it again." Famous last words.

Believing in the power of the Fed, economists mostly stopped researching the use of fiscal policy to fight recessions or depressions. What's more, recessions had become rarer and milder—the so-called Great Moderation. So who needed stimulus? Says New York University economist Xavier Gabaix: "Up until a year ago, you would look very old-fashioned if you were talking about optimal fiscal policy."

Mainstream economists' adherence to orthodoxy was also apparent in their casual dismissal of worries about bubbles in housing and stocks. Former Fed Chairman Alan Greenspan denied that a national housing bubble was even possible, since housing was not a single national market. He also brushed off the dangers of Wall Street concoctions such as derivatives. Only last year did he concede he was wrong. In Senate testimony, he said he was shocked to have found a "flaw" in his ideology, adding: "I have been going for 40 years or more with very considerable evidence that it was working exceptionally well."

Politics compounded the trouble. As a rough first cut, you can divide macroeconomists based on how concerned they are about economic instability. One group, in the tradition of Keynes, worries about self-perpetuating economic declines that leave the economy in a deep trough it can't escape. Members of this group say government needs to break downward spirals with the kinds of aggressive policies the U.S. is following now—cutting interest rates and raising government spending. The group includes Paul R. Krugman, the Princeton University economist and Nobel laureate; NYU's Nouriel Roubini, who was early in predicting a severe recession; and Yale University's Robert J. Shiller, who predicted the housing bust and the tech-stock bust.

Other economists have more confidence that the economy is self-equilibrating. They believe low interest rates and heavy deficit spending will be ineffective while leaving the U.S. with a mountain of debt. Count Harvard's Robert Barro in this camp, along with Chicago's Robert E. Lucas Jr., Arizona State University's Edward C. Prescott, and the University of Minnesota's Patrick J. Kehoe and V. V. Chari. No surprise, the equilibrium school mainly leans Republican, and the interventionist school seems to be crawling with Democrats.

Before this crisis, it seemed that economists might resolve their differences. The oft-combative Krugman, in the first edition of his textbook *Macroeconomics* in 2006, wrote that "the clean little secret of modern macroeconomics is how much consensus economists have reached over the past 70 years."

The mood now is uglier. On the left, Krugman says: "This is really fairly shameful, that we should be wasting precious months as a profession retracing debates that were settled 70 years ago." On the right, John H. Cochrane of the University of Chicago dismisses those who advocate Keynesian stimulus, saying: "Professional economists, the guys I hang out with, are not reverting to ancient Keynesianism any more than physicists are going back to Aristotle when they can't understand how fast the universe is expanding." There are some middle-of-the-roaders, such as Columbia University's Michael Woodford, who argue that macroeconomists are converging on a methodology for asking questions. But even Woodford agrees that "recent debates don't particularly make the field look unified."

The easiest criticism of macroeconomists is that nearly all failed to foresee the recession despite plenty of warning signs. In early September 2008, the median growth forecast for the fourth quarter was 0.2%, according to a survey by Blue Chip Economic Indicators. The actual outcome was a 6.3% annualized decline. The Fed didn't do any better. In July 2008, Fed officials projected unemployment in the fourth quarter of 2008 would end up between 5.5% and 5.8%. The actual number was 6.9%. Their projection for the fourth quarter of 2009, done at the same time, was for a range of 5.2% to 6.1%. Today, with unemployment at 8.5%, most forecasters expect the rate to be nearing double digits by the end of 2009.

Now that fiscal policy is back on the table, economists are fighting over the size of the ripple effect—or "multiplier"—of increased government spending. Interventionist economists think multipliers are large when the economy is operating below capacity—and it certainly is now. According to a Fed report on Apr. 15, one-third of manufacturing's productive capacity is going unused, the biggest share on record back to 1948.

Obama Administration officials believe that their fiscal policy is on the right track. The stimulus program "is putting a little more energy into the consumer," National Economic Council Director Summers told Maria Bartiromo. "Two months ago you couldn't find anything positive." Christina D. Romer, Obama's chief economic adviser and a historian of the Depression, said in March that "at some point, recovery will take on a life of its own." Until then, she said, government should watch closely "to make sure the private sector is back in the saddle" before easing off.

Other economists say increased government spending may actually depress private employment. At a Council on Foreign Relations event on Mar. 30, Chicago's Lucas called the Administration's multiplier math "kind of schlock economics."

The truth is, even backers of stimulus can't be sure it will work. As World War II ended, many economists worried that growth would lapse as military spending fell. Sewell Avery, the CEO of Montgomery Ward, was so anxious about a postwar depression that he refused to open new stores. Economists still aren't sure why he was wrong, so they can't say reliably whether fiscal stimulus will end this recession or just interrupt it. "Is it possible to engineer a durable recovery with fiscal expansion, or are you just buying time?" asks Krugman, who favors coupling stimulus with drastic action to fix the banks.

What, then, is the way forward? Once this crisis is past, the next agenda for macroeconomists will be to help make the economy far more robust—enough to survive the blunders of politicians, bankers, and economists of the future. Taleb, the scholar of unpredictability, notes that nature achieves robustness through a redundancy that economists would consider wasteful: two hands, two eyes, etc. Blake LeBaron of Brandeis University suggests preventing huge crises by tolerating small disturbances, the way foresters use controlled burns to eliminate flammable underbrush. Perhaps out of the ashes of failure will emerge a better macroeconomics profession.

Fuente: Artículo principal de Business Week 16 de Abril de 2009 y disponible en el sitio Web: <http://www.businessweek.com>



Tel: 591 2 2799673

Fax: 591 2117326

Calle 21 de Calacoto, Edificio Lydia, Piso 2 Of. 201

La Paz – Bolivia

Página Web: www.institutoprisma.org Correo electrónico: institutoprisma@gmail.com

Edición a cargo de Rodrigo Fernández Ortiz